

## Desautomatización

### *Mario Alberto Morales González*

Después de tanto tiempo, de todo lo que pasó. Todo aquello que estrujó mi ser, mis fuerzas y mi corazón. Sigo caminando con las manos dentro del bolsillo de mi sudadera, taciturno, pensativo, cabizbajo. Con ese recuerdo en mi cabeza que va y viene como columpio a gran velocidad, como si el hermano mayor, quien empuja el balancín, quisiese sembrar el temor y a la vez mandar al espacio sideral al pequeño niño que está a su cargo por mandato materno.

Sin darme cuenta llego al centro de la ciudad que más que eso parece pueblo. De hecho en el año 2018 fue declarado Pueblo Mágico. Repentinamente mi mirada no está clavada en el suelo: empiezo a ver alrededor. He pasado innumerables veces por este sitio, pero nunca le he prestado atención alguna.

Si no mal recuerdo, el paisaje ha cambiado considerablemente. Antes aquí había un jardín; se llama jardín Juárez, que de jardín solo queda el recuerdo, cuando estaba el kiosco rodeado de plantas y árboles. Para llegar a él eran cuatro las entradas, que se comunicaban por sendos caminos transversales, dejando espacios donde se hallaba la vegetación. Quedaban unas bardas pequeñas que servían como bancas, aunque las había; en estas se acomodaban los transeúntes para poder disfrutar de un helado, un cuero preparado de esos que hace que la boca parezca manantial, un cigarrillo o solamente para ver pasar gente y dejar volar la imaginación.

Aquello también era útil para el cortejo, o si ya se tenía alguna despistada o despistado era buen lugar para demostrarse el amor, aunque algunas caricias y muestras de cariño quebrantaban las leyes, espantando a los frailes y a las señoras persignadas que forman parte de la vela perpetua. Los domingos era casi de ley que se tenía que dar un volteón al jardín. Los galanes echaban sus redes a ver si pescaban algo y las muchachas se dejaban ver con sus mejores prendas por si había un valiente de facilidad de palabra que les invitara aunque sea un churro relleno.

Ahora, más que jardín, parece una explanada, con unos cuantos árboles y sillas de hierro para poder pasar el rato, eso sí, se debe de estar listo para poder acaparar las bancas donde pegue menos el sol. Cosa que antes no era necesario ya que había buena sombra.

A la mayoría de los habitantes les molestó bastante que aquel presidente municipal demoliera ese jardín tradicionalista e hiciera el que ahora se adorna con gala cada Navidad. Lo que no saben es que en la antigüedad estaba como lo han dejado.

El que sigue conservando su arquitectura, aunque ya no tiene la función que se le encomendó en un inicio, es el convento de Nuestra Señora de Guadalupe que está frente al jardín. Con más de trecentos años de edad sigue atrayendo turistas, porque en él se alberga un museo. Este resguarda obras de arte, en su mayoría pinturas religiosas. También hay una biblioteca perteneciente al INHA, ahí está todo el acervo histórico de la ciudad de Guadalupe.

Me es imposible, ahora que lo veo, no adentrarme al atrio del santuario franciscano. Lo constituyeron los frailes de Francisco porque a los jesuitas los habían expulsado de la Nueva España. Ya había olvidado esa fachada de cantera rosa con variantes ocre y rojizos, tallada al puro estilo barroco. Con sus dos torres que se elevan como las plegarias de los creyentes al cielo. En una de ellas, la más alta y delgada, está el reloj que cada cuarto de hora hace resonar las campanas.

He leído en algunos libros que en tiempos coloniales era un colegio de propaganda fide. Ahí se instruían misioneros para evangelizar a los chichimecas o salvajes, como los religiosos los nombraban. Gracias a que fray Margil de Jesús lo fundó en el año de 1707, de aquí de Guadalupe hasta Texas se predicó la palabra de Dios.

Estando frente a ese frontispicio, admirando con detenimiento cada detalle tallado en cantera, me es inaudito que tanta belleza pase desapercibida por los que cruzan el atrio, más para acortar

distancia que para echarle un vistazo. Debería ser imprescindible detenerse aunque sea un instante infinitamente breve para observar la belleza arquitectónica. Así como algunos suspenden su marcha para santiguarse, deberían hacer esa pausa para contemplar tremenda joya de arquitectura.

Comienzan a repicar las campanas. Veo la hora en el reloj de la torre: falta un cuarto para que den las seis de la tarde. He estado gran tiempo admirando el paisaje. Ahora se junta algo de gente, creo habrá celebración de la Palabra. Es momento de la retirada. Echo una última mirada antes de caminar fuera del atrio.

Regreso mis manos a los bolsillos, camino a paso moderado. Me es imposible no reflexionar que si aquel hombre llamado Diego Chávez de Montero le pasó por la cabeza que aquel primer asentamiento en 1578 se convertiría en lo que es hoy en día, un Pueblo Mágico, una ciudad en crecimiento notable, con una joya arquitectónica y que en el tiempo colonial fuese uno de las más ricos pueblos de la Nueva España.

Nunca sabré si caviló en lo que se convertiría esta localidad. De lo que sí estoy seguro es que seguiré transitando por el jardín Juárez y el convento. Dejando como marca de agua en sus canteras mis recuerdos, mis vivencias y uno que otro sueño. Solo espero no caer de nuevo en esa automatización y dejar de admirar lo que se tiene en Guadalupe de Rodríguez.